

los encuentros del verano

LA GRAN ESPERANZA: CONQUISTAR UN MARIDO

¿por qué tantas jóvenes creen que solo podrán encontrar un novio en la montaña o en la playa? ¿terminan en seguida los «flirts» de veraneo? a estas y otras preguntas responde nuestra encuesta

TODOS se preparan para las vacaciones más o menos con un suspiro de alivio, incluso los que no aman viajar ni los cambios de costumbre o de ambiente desean decir adios al trabajo por algunas semanas o al calor sofocante de la ciudad. Los jóvenes, no hay que decirlo, esperan del veraneo los imprevistos maravillosos que en su casa no encontrarán nunca. Las parejas de enamorados o de esposos jóvenes fantasean sobre el tiempo libre que estarán juntos, al fin, sin el asedio de los mil asuntos del trabajo o del estudio. Juntos en las playas, juntos en las excursiones por la montaña, juntos de noche en los bailes: para ellos, las vacaciones estivales son verdaderamente una pausa de descanso, de serenidad.

Pero quien espera con mayor impaciencia el período de veraneo, quien se prepara con ansiedad, estudiando planes estratégicos como para dar una batalla —que se reduce siempre a un duelo—, son, sin duda, las muchachas solas, esto es, las solteras. Todos los años se convencen de que en el mar o en la montaña van a hacer el encuentro sentimental que aún no ha sobrevenido en su vida. Las madres, las tías, las hermanas mayores se multiplican para aconsejarlas cómo hacerlo, o sea para enseñarles la táctica necesaria para conquistar duraderamente a un hombre. A un marido.

Algunas veces, si la suerte se muestra benigna, sucede así: la chica encuentra uno en vacaciones, el idilio se transforma en un sentimiento más intenso, que lleva derecho al noviazgo y al matrimonio.

Otras veces, sin embargo, estas muchachas están dispuestas a considerar como «encuentros decisivos» los banales conocimientos estivales (y como «grandes amores» los «flirts» hechos en la playa), que corren el riesgo de agigantar al hombre, de idealizarlo, de juzgarlo único, perfecto, bellísimo, inteligente, seductor. Pero estos superlativos que las jóvenes están dispuestas a atribuir en seguida a cualquier pretendiente para convencerse a sí mismas de que han encontrado un hombre excepcional, les inducen frecuentemente a cometer graves errores.

La culpa no es toda de ellas. En la ciudad frecuentan siempre los mismos ambientes, las mismas amistades; demasiado iguales, monótonas. Colegas del trabajo, compañeros de estudio de los hermanos, hijos de las amigas de mamá. Sorpresas atrayentes no pueden esperarse. Y a veces comienzan a pasar los años: Tizia se casa, Sempronia tiene ya dos o tres hijos. Las muchachas solteras sufren un cierto complejo de inferioridad, echan la culpa al destino adverso, a la monotonía de la vida cotidiana. Única esperanza, única medicina para salvar esta situación, es el veraneo. Se cuentan los meses, luego los días que faltan para la deseada partida.

Apenas están lejos de casa, estas muchachas —sobre todo si no son muy jóvenes— se sienten distintas, en un ambiente diferente, en una atmósfera tan favorable, que parece hasta ex-

itante. Al menos en los días primeros están serenas, optimistas, convencidas de que ha llegado la hora de encontrar marido.

Las complicaciones empiezan si este deseo, de por sí inocente, se hace una idea fija: porque entonces en cada hombre que se acerca quieren ver en seguida un probable novio. Si él no está de acuerdo, es seguro que huirá, dispuesto a cambiar hasta de hotel o de localidad, porque él ha venido a veranear para divertirse y no a dejarse pescar por una caza-maridos (especie de mujer terrible para un solterón). En este caso, la muchacha, además de perder la esperanza, se arriesga a estropear el veraneo, porque el fracaso de la amarga, la hace nerviosa, desconfiada, pesimista.

Mejor será que la mujer intente mostrarse elegante, fresca, sonriente, y espere tranquilamente ser observada por algún joven, que no tardará en acercarse y hacerle la corte. Pero que se guarde bien de ser ella la que tome primero la iniciativa, o mostrarse impaciente de ser conquistada y dispuestísima a decir que sí.

Otro error que se debe evitar es el de ciertas muchachas guapas que exageran al valorizar su aspecto, convencidas de que para encontrar marido es importante sobre todo la atracción física. Despliegan los bikinis, increíblemente reducidos, se dan aires de vampiresa y acaban por creer que ser deseadas es lo mismo que ser amadas. Frecuentemente, su aspecto suscita en los hombres deseos no precisamente matrimoniales y parece una clara invitación al ataque. A un hombre no se le pasa por la cabeza que las mujeres puedan estar en un escaparate de manera audaz y claramente descarada, con el único fin de encontrar un novio «oficial»; según la mentalidad masculina, las muchachas «para bodas» deben mostrarse siempre reservadas, llenas de dignidad, de pudor si no de inhibición. Prueba de ello es que, cuando casan con un «tipo vistoso», que les ha atraído por su aspecto excéntrico y «sexy», comienzan pronto con sacro celo a prohibir vestidos ajustados, escotes generosos, maquillaje excesivo.

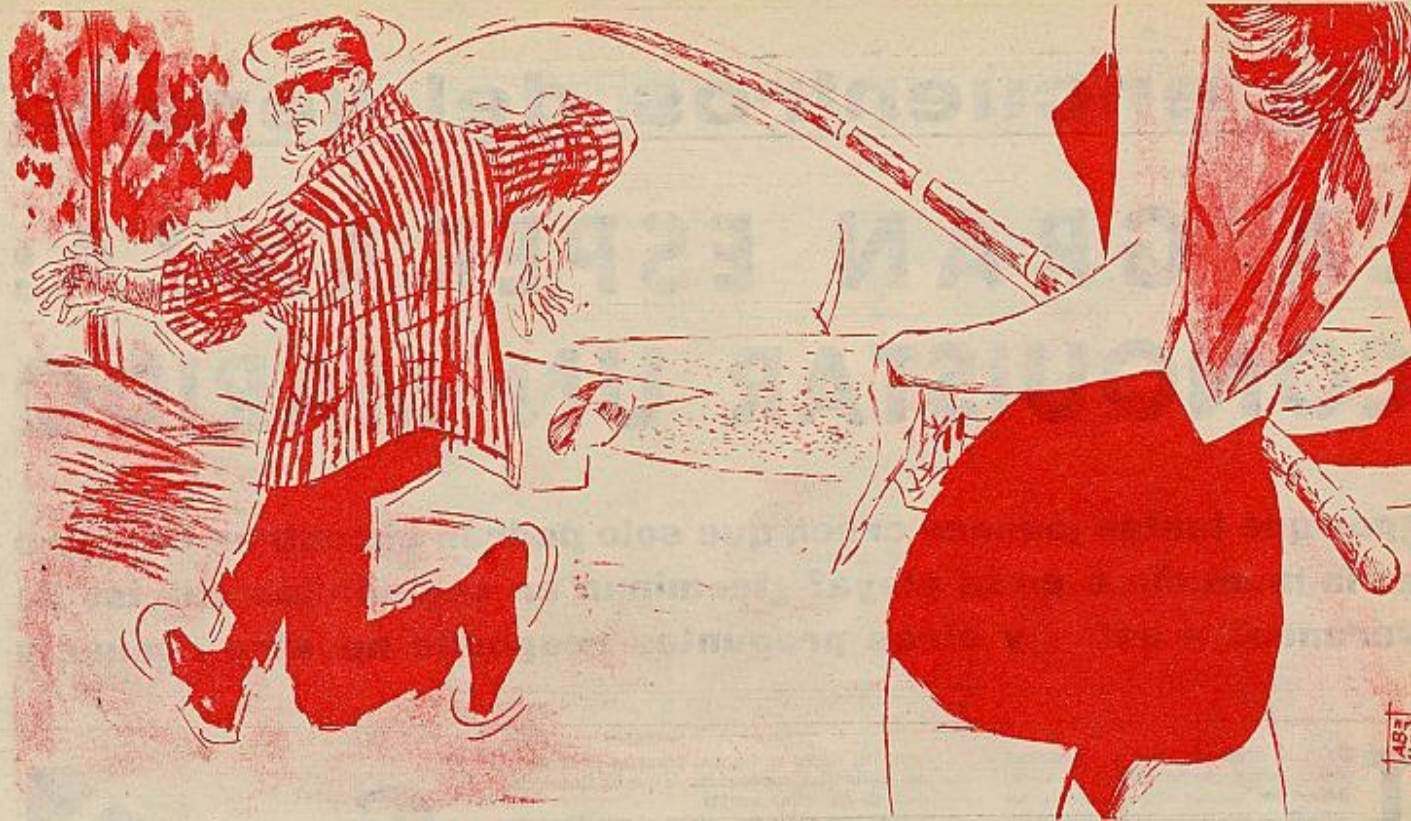
En cuanto a las familias —y nos referimos concretamente a las madres—, su parte en la estrategia puesta en marcha por la hija para encontrar marido es importante. Es equivocado decirle: «¿No has encontrado aún novio? Te llevaremos al mar, y verás que entre todos los jóvenes que están en la playa en seguida pescas un marido. Si no es así, quiere decir que no lo sabes hacer.»

Razonando de esta manera tan absurda, los familiares olvidan un particular: que se sepa hacer o no, no es fácil darles intenciones matrimoniales a esos chicos que van al mar con ideas muy distintas.

Incluso los más serios y tranquilos se avergonzarían de dejarse caer en el lazo de una chica decidida, cuando se habían solo propuesto divertirse sin más preocupaciones. Y por otro lado, si de improviso abandonase a los amigos, dispuesto a dar prueba de constancia, tan visible en los veraneos, y se pusiera a

SIGUE





hacer de chico bueno, cortejando a una muchacha sería —una sola y siempre esa—, es seguro que todo su grupo le tomaría el pelo de modo insoportable.

Por eso, aunque puedan estar enamorados de verdad, los jóvenes procuran en tales ocasiones contener los lazos sentimentales en los límites de un «flirt» veraniego.

Es contraproducente que la muchacha quiera adelantar camino y le pida que hable con papá sin esperar que terminen las vacaciones. Hay el peligro de que, tras volver a casa, el muchacho se muestre menos asiduo y que no se le vuelva a ver; por otra parte, es necesario poner a prueba sus sentimientos, permitiéndole ver claro y que decida él solo lo que quiere hacer en el futuro.

Pero las mujeres se rebelan a la idea de que, acabado el veraneo, se termine el idilio. Y en vez de reflexionar antes de aceptar los galanteos de un desconocido ceden en seguida al innegable encanto de un «flirt» de veraneo y se ponen a hacer proyectos como si fuese de verdad para siempre. Después, lloran y se desesperan si todo se termina.

La primera cosa que una muchacha debe aclarar es si ama a aquel muchacho en particular o si más bien se ha «enamorado del amor», porque ha llegado su estación de amar. El deseo de no ser libre sentimentalmente (el único género de libertad del que las mujeres abdicar con alegría), el sentir celos, casi casi envidia, por las amigas con novio o casadas, pero, sobre todo, el ambiente de las vacaciones —tan favorable a las simpatías— llevan efectivamente a algunas mujeres a interesarse por hombres que en otro momento no se habrían dignado mirar.

En esta situación, juega el papel más importante el lado exterior: el aspecto físico del hombre, el lujo del que se rodea y ofrece a la muchacha que frecuenta, la vida al aire libre sin limitaciones, como el tiempo libre y la poca vigilancia de la familia. Todo esto crea un estado de ánimo superficial. Los sentimientos parecen hacerse epidémicos, se reducen a sensaciones.

En un clima de esta clase, raramente una mujer puede valorar el carácter de un hombre ni su mentalidad; no porque los juzgue poco importantes a los fines de un eventual matrimonio, sino porque ella misma está tentada de abandonarse a esta vida sin problemas. Se deja suggestionar por el estado de ánimo de quien está de vacaciones, no encuentra el tiempo ni la voluntad de pensar en cosas más serias.

En la playa, los solteros son todos iguales; una muchacha, casi sin darse cuenta, lo mismo se enamora del hijo de papá que del ayudante del bañero, que todas las mañanas la sonríe mientras abre la sombrilla.

Los humoristas que han hecho caricaturas con

la soltera que finge ahogarse para que la salve un joven, o que suplican al bañero le dé lecciones de natación, se inspiran en lugares comunes que tienen algún punto de realidad.

En la playa, «él» está magníficamente bronceado, nada como un campeón olímpico (según dice ella), practica el esquí acuático. Se hace irresistible si tiene un fuera-bordo (figuráros si es un yate). Por la noche, balla divinamente, se viste como un actor americano, tiene un coche, da buenas propinas al barman que le prepara «cocktails» fulminantes, y le llaman don Fulano, aunque solo sea un estudiante a mitad de carrera.

Y ella se hace muy sensible al encanto de toda esta apariencia —que con frecuencia esconde bastante poca sustancia— y mira a su conquistador con ojos admirados.

Se indignaría si alguien la advirtiese amistosamente que es un presumido que no tiene ganas de trabajar ni de estudiar. O bien que es un donjuán de segunda clase, que tiene deudas con los amigos para gastárselas en los «nights clubs» y le gustan los juegos de azar. En fin, que es lo contrario de un partido recomendable.

Bastaría verlo en la ciudad donde toma sus dimensiones normales a la luz de la rutina cotidiana de trabajo y de responsabilidad, ya sea en las relaciones sociales como en las sentimentales. Pero en el veraneo él tiene una oportunidad; reina en un mundo ficticio, destinado a durar apenas el tiempo de la estación del sol, y después a desaparecer sin dejar rastro. Precisamente como ocurre a la playa, que con las primeras lluvias se hace gris y triste porque también el mar pierde sus colores violentos y se desvanece en un colorido vago.

Peligros análogos, naturalmente, están en acecho en la montaña, aunque todo parezca más tranquilo, menos excitante, menos ilusorio.

Los despreocupados se encuentran más frecuentemente en las playas, donde es fácil elegir diversiones y aventuras. Pero en la montaña, precisamente porque los jóvenes no abundan, las muchachas solteras corren peligro de enamorarse de un hombre equivocado, precisamente porque no hay otro con quien compararlo.

Pongamos un ejemplo: el clásico pueblecito un poco aislado —paraiso de los alpinistas y de los misóginos—, con la clásica pensión de familia un poco silenciosa, donde una muchacha joven se siente inevitablemente triste. Para comenzar, ella no quería venir aquí. Pero papá o mamá tienen necesidad de respirar el aire de los mil metros y se ha visto obligada a seguirlos. El sitio es encantador, ni qué decir, pero las posibilidades de encontrar una alegre compañía de chicos y chicas —y tanto menos un novio— parecen escasísimas.

Después de algunos días, sucede que a causa

de aquel famoso miedo a quedarse soltera, la muchacha empieza a mirar con interés siempre mayor a los pocos hombres disponibles, los que no llevan el anillo.

El guía montañés, pensándolo bien, es un tipo atrayente, casi deportivo, tan atlético, tan bronceado. Naturalmente tiene ojos azules acero, lleva los tradicionales jerseys blancos, que contrastan con su piel ennegrecida por el sol. En la ciudad no lo miraría casi; en un salón le parecería basto, incapaz de sostener una conversación brillante; un campesino, al fin y al cabo. Pero aquí le aparece en su marco natural, donde es ella quien se siente desahogada.

La misma sensación puede experimentarla con el joven guía que la conduce, con otros veraneantes, a hacer una escalada a un pico fácil. Le admira por su fuerza, por su silencio, por sus maneras rudas y virtuosas.

Poco a poco, la muchacha desea entrar a formar parte de este mundo desconocido, a veces primitivo y desagradable, pero sugestivo. Le es grato porque le hace amar las voces misteriosas de los pinares, el blanco cegador de los glaciaros, los senderos recorridos con paso firme, como una simbólica ascensión hacia metas accesibles solo a unos pasos. Puede ser que en aquel hombre identifique el atractivo de la montaña, de la soledad, de la naturaleza misma, tan pacífica y violenta a un tiempo, tan diferente de la vida caótica y ruidosa de la ciudad.

Pero estos sentimientos, comprensibles en una mujer sensible y romántica, pueden hacerlos absurdos sentimentalismos, si a la muchacha se le mete en la cabeza amar a su montañero, vivir con él para siempre, abandonando todo lo demás —casa, familia, amigos, estudios— definitivamente.

Algunas veces, es cierto, puede nacer un amor entre personas de educación, cultura, ambiente social muy distinto; pero las excepciones no hacen regla. Casi siempre, al volver a la ciudad, los sentimientos se vuelven a ajustar en sus justas proporciones. Innumerables encuentros de muchachas y muchachos de distinta ciudad, de distintas nacionalidades, se apagan por los mismos motivos: separación, alejamiento. En los primeros meses se escriben largas cartas llenas de nostalgia, de promesas. Después la correspondencia se espacia; de las cartas se pasa a las tarjetas. Al final, el silencio. A veces es difícil comprender, resignarse. He aquí por qué es indispensable, desde el comienzo, no ilusionarse demasiado. También no se debe pensar que el final de las vacaciones es el fin del mundo. Una simpatía estival que muere casi al nacer no es un fracaso ni una tragedia.

Por descontado que desilusiones y amarguras no tendrían razón de ser si toda muchacha se escudase en una virtud anticuada, considerada

equivocadamente fuera de moda; la prudencia. Quien es cauto, evita muchas desagradables sorpresas.

Pero las muchachas impacientes, o sea, imprudentes, parecen divertirse jugando con fuego: en el verano conceden a un hombre confianzas peligrosas apenas le han conocido, como si fuese necesario quemar etapas, vivir intensamente, amar sin pensar, solo porque las vacaciones son breves y acabarán demasiado pronto.

Aún cuando él parezca realmente enamorado, aun si las tentaciones y las ocasiones de quedar solos se multiplican, aun si «todos lo hacen», ¡atención! Esperar el fin de las vacaciones, a ver qué sucederá a los dos, es el modo más seguro que toda mujer tiene para comprobar sus propios sentimientos. Porque el noviazgo, el matrimonio —si este idilio acaba en una unión seria—, no se prolongan en un clima alegre de vacaciones, sino que deben ser considerados en contacto con la realidad cotidiana.

Un amor que tiene necesidad de una atmósfera particular para no naufragar, un sentimiento que no reacciona frente a las dificultades de una vida normal, no ofrece ninguna garantía. Ninguna mujer aceptaría ser amada solamente en momentos en los que es joven, deseable, y ser tratada con indiferencia apenas se muestre menos «en forma»; esto es, cansada, nerviosa, fatigada por el trabajo.

La vida en común —no lo repetiremos nunca demasiado— debe ser considerada con seriedad porque es solamente al principio vida para dos; escogiendo un marido o una mujer no escogemos solo al compañero de la vida, sino al padre o a la madre de nuestro hijo. Puede darse que una muchacha esté dotada de fuerte espíritu de sacrificio, que se adapte a casarse con quien ama solo en ella el lado superficial, el aspecto exterior, sin saber apreciar sus dotes naturales. Pero no tiene el derecho de formar una familia con un hombre inmaduro, tan poco conocedor de la importancia de ciertos valores; porque si en él no hay bastante sentido de responsabilidad para ser un excelente marido, aún menos lo será para ser un buen padre.

Los hombres maduran con el paso del tiempo y con la experiencia, es verdad; pero no se debe sobrevalorar en ellos cualidades que están en estado latente. Un hombre de treinta que es aún un hijo de papá, que no logra amar a una mujer, ni a pensar con interés en su propia carrera, ni a considerar seriamente las cosas serias de la vida, raramente llegará a ser un educador de sus hijos. Acaso será un alegre compañero de juegos, un amigo muy joven, tan niño como ellos. Pero no les dará seguridad para resolver sus problemas, y todos sabemos, conociendo a los jóvenes, que los problemas que se resuelven con la ayuda de los adultos son numerosísimos.

Por desgracia, pocas mujeres saben catalogar a primera vista a estos tipos de playa; hombres que parecen eternamente de vacaciones, que viven entre un verano y el otro como si el trabajo fuese solamente una pausa, aburrida. Sobre todo es peligroso que estos hombres busquen también en amor la superficialidad, el desenfado de las vacaciones; y que cuando la novia o la mujer, alarmada, les llamen a la realidad busquen en otro sitio otras vacaciones.

Todo esto, naturalmente, no quiere decir categóricamente que toda simpatía veraniega esté destinada a terminar al final de las vacaciones; como de costumbre, para llevar a cabo nuestra encuesta, hemos pedido el parecer de muchas personas, mujeres y hombres. Algunos nos han confiado haber encontrado el alma gemela precisamente durante las vacaciones: en el mar, en la montaña, en el campo, durante una travesía, una gira, un viaje al extranjero. Pero entre estos últimos ninguno había partido con la idea de volver a casa con un novio o una novia, premeditando planes de batalla y esforzándose en ser castigadores, o castigadores, irresistibles.

El encuentro, sucedido casi al azar, había maturado en un clima tranquilo, sereno, sin exaltaciones ni exageraciones; esto es, sin basarse exclusivamente en la atmósfera favorable del verano. Un amor, en fin, que para florecer no tenía necesidad de aquel ambiente particular, de un especial estado de ánimo; una unión que sería feliz en cualquier sitio.

El verano, por tanto, no debería nunca ser considerado el ambiente donde se echan las bases de nuevos idilios, o como un coto de caza donde al comienzo del verano hombres y mujeres proclaman el fin de la vida.

Si la estación del sol se transforma en estación de amor, hay buenos motivos, es verdad; una vez que se abandonan las preocupaciones,

el cansancio, los horarios de trabajo, es lógico sentirse rejuvenecido en vacaciones, encontrar de nuevo una despreocupación, una salud física y mental, que muchas veces, en la ciudad, parece haber perdido.

El sol, el aire libre, el reposo, las distracciones y, ¿por qué no?, también los agradables juegos sentimentales con los compañeros de verano, representan un tónico para el buen humor, un latigazo que nos da coraje y fe en nuestras posibilidades, en el futuro. Todo contribuye, en suma, a darnos una nueva alegría de vivir.

Pero en este clima solar, también los sentimientos deben ser «solares». No debemos dejar paso a los egoísmos, a los pensamientos tortuosos, a los cálculos mezquinos, a las sensaciones morbosas y turbias.

La época del verano se vivirá con sencillez no solo por lo que el hoy nos ofrece, sino también por lo que, como una medicina reconstituyente, nos prepara a afrontar mañana. De hecho, el final del verano, para quien sabe acumular sus horas luminosas, no representa necesariamente el fin de la serenidad, de la esperanza.

Al retorno a la ciudad todos encontramos las acostumbradas preocupaciones, la monotonía de la vida cotidiana; pero también las podremos ver a la luz de las nuevas experiencias, del nuevo optimismo que hemos conquistado. Y veremos mejor sus aspectos positivos.

Tampoco las chicas que no han logrado encontrar en el mar o en la montaña el bendito novio han perdido el tiempo. Sin duda los «flirts» demasiado breves, superficiales, inconsistentes, que estas muchachas lamentan porque esperaban que se hicieran definitivos, no han sido solamente una experiencia amarga. Su recuerdo las ayudará a valorar las cualidades, poco brillantes pero reales, del compañero de oficina, del pretendiente quizá no muy interesante, acaso tímido, pero constante, fiel, que la aburría hace meses (cuando pensaba con ansia en la partida) y que ha esperado pacientemente volver a verla al final del verano.

De esta forma, las pequeñas crisis sentimentales del verano, que equivocadamente ciertas jóvenes consideran como auténticos fracasos, no quieren demostrar que estas mujeres solteras están destinadas a quedarse solteras, dado que en vacaciones han conseguido marido.

Al contrario de lo que creen algunas chicas demasiado amargadas —y algunas madres poco comprensivas—, los encuentros amorosos no se producen en fecha fija, en determinada estación, en determinados sitios. Llegan cuando la mujer menos los espera; cuando está elegante —en una fiesta con vestido nuevo— o cuando está despeñada, embutida en un impermeable, a la salida de la oficina, corriendo bajo la lluvia para tomar el tranvía.

Llegan también en la esquina de la calle; al volver cualquier esquina de cualquier calle, acaso aquella que la muchacha recorre mañana y tarde hace tiempo. Y un día, acaso mañana, precisamente en aquel punto, encontrará lo imprevisible.

Lo importante es creer en el final alegre de toda situación, como los niños creen en las fábulas, porque el secreto de la serenidad, en el fondo, consiste en no perder nunca las esperanzas.

Con este estado de ánimo, también el periodo de verano —tan feliz al comienzo y un poco triste cuando está para terminar— y las pequeñas crisis, las desilusiones, las horas de alegría o de inquietud del verano, no se harán ante nuestros ojos una preocupación, casi un drama, sino solo lo que en realidad son: luz y sombra de unas vacaciones.

GRAZIA A. TADOLINI

(Ilustraciones de Abellán)



FIN

**a
d
e
i
g
a
z
a
r
SIN
PERJUDICAR
LA
SALUD**

- SIN PRIVACIONES
- SIN PASAR HAMBRE
- SIN EJERCICIOS MOLESTOS
- SIN PELIGRO
- SIN MOLESTIAS

CON

grageas 40

CONSEGUIRA ADELGAZAR

● CONSULTE CON SU MEDICO

grageas 40

Venta en farmacias